



Manuel María Ponce Cuéllar

PONCE

Aquí están en un Café de La Habana esos tres mexicanos que apenas se distinguen en una fotografía sepia, añeja con los bordes desgastados que descubro entre mis manos. El que anima la charla, el que parece soñar más, es **Manuel María Ponce**. De nariz firme, grandes ojos negros y cabello crudo y abundoso partido en dos. Los otros dos son el poeta Luis Gonzaga Urbina y el violinista Pedro Valdéz Fraga. Es 1915 y México les hierve en las venas; El México de abajo, el México real. Ponce tiene ya su propósito de vida: crear una música que suene mexicana.

Transgredir es el signo del que deja huellas, pero no es necesario la total ruptura de las reglas para marcar el nuevo paso. Es posible innovar desde dentro de la tradición. Abrir puertas hacia nuevos paisajes requiere acaso solo un ojo fresco.

Durante la primera mitad del siglo XX, existiendo ya la atonalidad de Schoenberg y el neoclasicismo de Stravinsky, Ponce compone en un lenguaje musical enraizado en el romanticismo pero aplicado al material sonoro mexicano. Más adelante su sonoridad se iría tornando más impresionista. Fascinado por la música natural de su gente y en especial por sus canciones, llegó a iniciar un importante movimiento de creación nacionalista que contribuyó a definir la identidad cultural mexicana. Al mismo tiempo revitalizó el repertorio culto para guitarra siendo de los primeros compositores del siglo en crear extensamente para ese instrumento. Su amistad con gran guitarrista español Andrés Segovia produciría una colaboración profesional que colocaría la guitarra en posición protagónica en los escenarios mundiales.

El interés de Ponce por la creación de una música mexicana lo llevó a tener detractores en su momento. A principios del siglo, la élite social de México, como en casi todo país latinoamericano, mantenía una mentalidad de súbditos culturales de Europa, de obedientes colonizados de sus artes, que los hacía despreciar las expresiones culturales nativas. Folclor, músicas, manifestaciones populares, etc carecían de valores en los ojos de los “cultos”. Las costumbres de Europa, su música, su concepción social, debía ser, ante sus ojos, la norma. Cuando Ponce comenzó a indagar en las músicas naturales mexicanas, a conferenciar sobre ella y preservarlas y a componer

inspirado en ella, le llamaban despectivamente “el compositor de música que huele a *huarache*”, que son las humildes sandalias de los indígenas.

Por entonces, profesor de piano en el Conservatorio Nacional - del que sería director en años posteriores - tuvo la audacia de hacer un recital de obras suyas entre las que estrenó su *concierto romántico para piano y orquesta*, obras donde incorporó materiales folclóricos por vez primera. Muchos consideran - incluido su alumno y eminente compositor Carlos Chávez - que ese recital de 1912 fue el punto de partida del nacionalismo musical mexicano. El momento en que el material sonoro nativo fue usado por vez primera como materia prima de formas musicales complejas.

Al mismo tiempo Ponce insiste en las pequeñas formas para piano donde su arte musical se manifiesta con mayor naturalidad y gracia. En 1914 publica sus *canciones mexicanas*, arreglos deliciosos de canciones tradicionales. Breves composiciones adornadas de ingeniosas armonías que hacen de esas sencillas melodías obras de concierto. Más tarde diría: “*Considero un deber de todo compositor mexicano ennoblecer la música de su patria dándole forma artística, revistiéndola con el ropaje de la polifonía y conservando amorosamente las músicas populares que son expresión del alma nacional.*”

Compone un sinnúmero de canciones para voz y piano tan auténticamente mexicanas que muchas se consideraron por largo tiempo como canciones anónimas tradicionales. Hoy se le considera como el creador de la canción moderna mexicana. Hasta el fin de sus días defendió las músicas populares en conferencias, en artículos, desde las aulas del conservatorio - donde impartió piano, historia de la música, estética y música folclórica entre los años 1933 y 1946 - las reflejó en su larga obra pianística e inspiró a toda una nueva generación de compositores que elevarían ese nacionalismo inicial a niveles magníficos, aunque concibiéndolo de muy diferente manera.

El jovencito inquieto de la foto en el café habanero, crecería a lo largo del tiempo hasta convertirse en ícono de la música culta mexicana, en ícono de la música culta latinoamericana y legaría monumentos musicales como *Concierto del Sur* para guitarra y orquesta, *Chapultepec* y *Ferial*, para orquesta sinfónica así como pequeñas delicias para piano como *Intermezzo* y la mundialmente célebre canción *Estrellita*.